



El 11 de septiembre de 1977 hubo un acontecimiento político excepcional, con poder propio, para cambiar cualitativamente el proceso de recuperación de las instituciones catalanas.

La Diada: más de un millón y medio de manifestantes

LOS CATALANES HAN ACTUADO, AHORA LE TOCA AL GOBIERNO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

El desconcierto generalizado presidió el ir y venir político previo a la Diada Nacional de Catalunya. Resumen de lo publicado recientemente: Tarradellas cesa a Benet porque Benet declara que negociar a tres bandas (St.-Martín-Madrid-Barcelona) es perder el tiempo. Los parlamentarios se oponen a la decisión concreta de Tarradellas y al procedimiento de una negociación gobierno-Tarradellas de espaldas a los parlamentarios elegidos por el pueblo. Cuando parece que la decisión de la Asamblea será muy dura con respecto a Tarradellas, el "president" comunica que ha llegado ya a un acuerdo con el Gobierno. La audacia parlamentaria se repliega y empieza un proceso clarificador. Los parlamentarios

se enteran del contenido del acuerdo y descubren que se minimiza su papel, que se diluye el sentido exacto de la Generalitat, que el posible Consell de la Generalitat no reflejará la correlación de fuerzas resultado de las elecciones. En el fondo del fondo, Madrid no acepta una Generalitat cuyo autogobierno refleje la mayoría socialista-comunista, es decir, el Gobierno impugna implícitamente el resultado de unas elecciones que él mismo urdió.

Lo grave es el divorcio que se establece entre negociadores y pueblo. No sólo el pueblo más o menos distante de los territorios políticos, sino incluso las bases de las fuerzas políticas implicadas presencian el espectáculo del forcejeo como algo que se protagoniza entre privi-

legiados de la política, sin la menor voluntad o posibilidad de tener a la gente enterada de lo que se cuece. En un país donde buena parte de la fase determinante de concienciación democrática de las masas fue protagonizada por la prensa y la radio, mejor dicho, por informadores de prensa y radio, el ocultismo con el que se están comportando los señores políticos deteriora su imagen y crea una conciencia generalizada de que entienden la democracia como un sistema de simple ampliación cuantitativa de los intermediarios entre el pueblo y el poder.

A pesar de las tormentas previas y de los temores de un cierto malestar popular por las circunstancias previamente enumeradas, el primer balance

de la Diada Nacional de Catalunya aporta un protagonista excepcional: el pueblo. Durante el día 10 no hubo población de Catalunya que no anticipase la celebración. Manifestaciones, parlamentos unitarios de líderes locales y espontánea desfranquización de la geografía urbana. Los manifestantes se encaramaban para tapar los rótulos de calle *ancien régime*. Desaparecieron los nombres del Generalísimo, del ausentísimo y del 18 de julio. En Lérida se concentraron 30.000 personas, un balance cuantitativo impresionante si tenemos en cuenta la proporción demográfica. Los gerundenses no adelantaron la manifestación y la convocaron coincidiendo con la de Barcelona. Catorce mil gerundenses en la calle es una cifra que se pres-

ta a las más ambiguas estimaciones. Cada uno de estos acontecimientos locales era un síntoma de lo que podía ser la gran celebración barcelonesa. Hubo corresponsal extranjero que a la vista de lo que ocurría en Barcelona el 11 de septiembre, dijo que era la manifestación política más impresionante de la Historia Contemporánea. Uno cree que la liberación de París tampoco fue una broma. Pero es que uno está vacunado contra el triunfalismo.

Me desvacuno un tanto para decir que el 11 de septiembre de 1977 fue un acontecimiento político excepcional, con poder propio para cambiar cualitativamente el proceso de recuperación de las instituciones catalanas. El pueblo escogió la línea recta que sigue siendo la distancia más corta entre dos puntos y eludió polémicas bizantinas sobre legitimidades y polémicas ya no tan bizantinas sobre dónde descansa la auténtica soberanía de la reivindicación catalana. Desde la noche del sábado, el bullir de las masas cuadradas fue en aumento. Las *senyeras* en los balcones constituían un mudo referéndum. Miles y miles de metros de banderas catalanas pusieron un lazo triunfal a toda la ciudad y cuerpos humanos y casi humanos se convertían en vehículos de comunicación, abarrotados de pegatinas, cintas con la bandera nacional, banderas enteras a manera de chalets sobre



"La prudencia no debe hacernos traidores". Así ha sintetizado Jordi Carbonell la filosofía del acto.

los hombros. He hablado también de cuerpos casi humanos porque los perros domésticos se sumaron a la fiesta y lucían *senyera* en los collares y pegatinas sobre lomos relucientes de animales recién enjabonados. Familias enteras se adornaban y amueblaban de catalanidad.

Los abuelos que vieron el desvanecimiento de la gran ilusión de 1932, los hijos que resistieron la larga marcha bajo la espada intolerante, los nietos que descubren ahora el poder de la solidaridad y el grito y hasta bebés perplejos y horizontales en sus coches con la pegatina

del "Volem l'Estatut" adherida sobre el pijama de perle.

La mañana del domingo acogió el ir y venir de masas sudorosas bajo un sol rico de septiembre. Junto a la iglesia de Santa María del Mar, las izquierdas nacionalistas y los independentistas habían convocado una manifestación mañanera en el lugar donde se abrió la fosa de "les Moreres" para enterrar a los defensores de Catalunya en septiembre de 1714. Jordi Carbonell sintetizó la filosofía del acto mediante un estribillo que repitió según un hermoso ritmo paralelístico: la prudencia no debe hacernos traidores. En torno a la recuperada estatua de Rafael de Casanova, el *conseller* que defendió a Barcelona frente a Felipe V, las flores y las personas sentaban las bases de la temperatura y el aroma de un día inolvidable. La fuerza pública vigilaba pasivamente en los puntos estratégicos de la ciudad y la prudencia generalizada sólo tuvo contadas excepciones encarnadas por escasos y misteriosos comandos hostigantes que hicieron lo imposible para provocar la respuesta policial. Por lo demás, Barcelona parecía una ciudad entregada a sus habitantes y éstos hacían de ella el mejor uso posible: la convertían en una Icaria emocionante donde era posible la libertad unitaria.

Y a las cinco de la tarde, a las cinco en punto de la tarde, empezó el desfile lento, procesional de un millón y medio de catalanes y cientos de miles de



La manifestación duró toda la tarde. Se introdujo la noche y dejó la ciudad llana para subir hacia Montjuich, en busca de la canción y del baile.



A las cinco de la tarde, a las cinco en punto de la tarde, comenzó el desfile, lento, procesional, de millón y medio de catalanes.

LA DIADA

banderas y pancartas a lo largo y ancho de uno de los paseos más hermosos de la ciudad, el de Gracia, un paseo que estuvo a punto de destruir físicamente la especulación porciolista y se salvó a medias gracias a uno de los primeros movimientos resistenciales vecinales bajo el franquismo. Franco hubiera tenido que haber vivido para ver lo que allí ocurrió. Su siniestra, sangrienta megalomanía de dictador ignorante se hubiera hecho añicos ante la evidencia de que cuarenta años de anticatalanismo activo no habían conseguido otra cosa que una unanimidad popular incontestable en pro de la defensa de lo fundamental de una Catalunya popular. Los manifestantes entendieron que la fuerza política clave para conseguir el retorno de las instituciones nacionales eran ellos mismos y que la forma y fondo de la manifestación daba carácter a la esencia y existencia de lo reivindicado. Unanimidad, prudencia, fidelidad, autocontrol, voluntad inquebrantable, paso a paso, grito a grito, bandera a bandera, pancarta a pancarta. Ante esta acción todos los problemas previos quedaban minimizados y el helicóptero oficial que sobrevolaba la manifestación debió llevar al Gobierno el parte inquietante de que todo un pueblo reafirmaba su razón de ser por encima, o mejor dicho, más allá del manobrerismo oportunista.

¿Qué respuesta va a dar el Gobierno Suárez después del 11 de septiembre? Si no quiere complicarse inútilmente la vida y la historia, no tiene otra respuesta posible que el retorno de las instituciones catalanas cargadas de significación real y con los estuches sin falsificar.

La manifestación duró toda la tarde, se introdujo en la noche y dejó la ciudad llana para subir hacia Montjuich en busca de la canción y el baile, en busca del final feliz de la fiesta.

Mientras tanto, pequeños comandos llegaban al enfrentamiento con la Policía y convertían autobuses en obstáculos para el tráfico y en obstáculos inútiles para el avance de la reivindicación catalana por la vía inobstaculizable del consensus mayoritario. ¿Tarradellas? Por los altavoces transmitieron su discurso. ¿Los parlamentarios? Se pusieron al frente de la manifestación en compañía del alcalde Socías. ¿Suárez? Seguía cuanto ocurría por una transmisión especial audiovisual. ¿La Autonomía? ¿La Amnistía total? Eso. ¿La Autonomía? ¿La Amnistía total? ¿Puede gobernarse "democráticamente" contra el referéndum de millones de catalanes? ■ M. V. M.



Los perros domésticos se sumaron a la fiesta y lucían "senyera".

"Lo más grande que se ha v

LAS previsiones se cumplieron. El 11 de septiembre, la Diada Nacional de Catalunya, todo un pueblo, el catalán, se manifestó en la calle para pedir la libertad, la amnistía y l'Estatut de Autonomia. Más de un millón en Barcelona, centenares de miles en las comarcas, recordaron la derrota y la pérdida de las libertades nacionales en aquella fecha de 1714.

A la crida de la comisión del 11 de Setembre, se respondió en bloque. Cada pueblo, cada ciudad, organizó una serie de actos reivindicativos en los que no faltó imaginación. Hubo parlamentos, manifestaciones y recogida de firmas que se presentaban en los diferentes Ayuntamientos para pedir que devolvieran a Catalunya lo que le había sido arrebatado en 1939. En este fin de semana se han repuesto más estatuas y más símbolos que nunca. Las calles de numerosos pueblos de Catalunya han visto de nuevo sus nombres propios y auténticos y a las "cabezas" municipales se les ha recordado la volun-

tad autonómica y democrática de las elecciones del 15 de junio. Ha sido una explosión festiva y consciente de la conciencia popular, que quiere recuperar la libertad y los derechos nacionales.

Barcelona, el domingo, se despertó de punta a punta de la ciudad envuelta en banderas catalanas. Por primera vez en muchos años, llevar flores al monumento de Rafael de Casanova no representaba tener que exponerse a las cargas de la Policía y la estatua se vio inundada de ofrendas florales.

A primeras horas de la mañana, y respondiendo a la convocatoria de una docena de organizaciones independentistas, se repuso en el Fossar de les Moreres la placa que recordaba a los muertos de 1714 en la defensa de Barcelona ante la invasión de las tropas del Borbón Felipe V: "Al Fossar de les Moreres nos s'hi enterra cap traïdor/sins perdent nostres banderes serà n'urna de l'honor". Los versos de Pitarra y la lápida han conocido, por fin, la amnistía.

En el acto hubo parlamentos de Félix Cucurull y Jordi Carbonell, y se leyeron comunicados de adhesión de los presos catalanes de la Modelo.

Por la Rambla y las calles del centro de Barcelona, el desfile de banderas era incesante. Las barras catalanas se reproducían en los más variados atuendos. Camisetas, pulseras, barretinas, etc., se adquirían en los improvisados tenderetes, que hicieron su agosto. La fabricación de estas prendas y las piezas de bandera catalana han debido representar una ligera inyección económica para la maltrecha situación del textil. Los pasteleros también hicieron su tarta de la Diada y quién más, quién menos pensó en algún objeto de consumo alegórico a la jornada.

Una pausa para comer e inmediatamente la concentración en el paseo de Gracia. Cada esquina era el punto de reunión de los diferentes partidos, centrales sindicales y organizaciones populares. Aplausos para todos y en cantidad para los